HARLEQUIN®

Bianca®



Danza de amor

Susan Stephens

Danza de amor

Susan Stephens



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2005 Susan Stephens. Todos los derechos reservados.
DANZA DE AMOR, Nº 1667 - agosto 2010
Título original: The Spanish Billionaire's Mistress
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 2006

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, logotipo Harlequin y Bianca son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-8947-6
Editor responsable: Luis Pugni

Capítulo 1

VENGA aquí. Acérquese para que podamos verla –ordenó una voz masculina en castellano.

Zoë Chapman maldijo en voz baja. Ella creía que nadie la vería desde el escondite que había encontrado entre dos grandes rocas y en el que se había agazapado para poder observar el pueblo andaluz. Le fascinaba que conservara su forma de vida de hacía décadas.

Antes de que su equipo de televisión se presentara allí, a ella le gustaba examinar el terreno por su cuenta. Sus programas de cocina eran famosos porque los grababa en el lugar típico de cada comida y solía contar con la ayuda de la gente local para elaborar los platos y ambientar el programa. No todo el mundo quería aparecer en televisión, así que a Zoë le gustaba observar primero el terreno para saber cómo abordar mejor a los lugareños para que colaboraran en su espacio.

Había oído hablar de aquel pueblo y quería comprobar si era tan espectacular como decían los rumores.

Desde su escondite, ella había visto llegar al pueblo al hombre que la había descubierto: era alto, de pelo negro, hombros anchos y con una presencia imponente... Justo lo que ella se había jurado evitar desde que había recuperado su libertad tras el divorcio.

Había visto cómo la gente acudía a hablar con él y había deducido que era el líder del grupo. Se preguntó quién sería y también por qué se estremecía ella con sólo verlo. ¿Acaso no había aprendido nada con su ex marido? ¿Todavía se sentía atraída hacia hombres peligrosos?

Siguiendo su orden, Zoë se encaminó hacia él. El hombre era justo lo que ella se temía: increíblemente guapo, arrogante... y además estaba molesto porque ella estuviera allí sin haber sido invitada.

Si aquello no fuera su trabajo, pensó Zoë, sería sensata y se marcharía de allí. Pero debía dejar a un lado sus sentimientos personales. Quería grabar un poco de baile flamenco que aportara magia a su programa y no iba a permitir que aquel hombre se interpusiera en su camino.

La danza era la segunda pasión de Zoë, después de la cocina. No tenía intención de convertirse en bailarina profesional, pero parte de su recuperación después del divorcio se la debía a haberse metido en una escuela de danza jazz. Había sido la mejor terapia posible.

Sin embargo, en aquel momento parecía que todo ese trabajo iba a irse a pique: no esperaba volver a encontrarse tan pronto una personalidad tan fuerte, no estaba preparada.

–¿A qué está esperando? –le urgió él en tono frío y con un furioso ademán.

A la mente de Zoë acudieron recuerdos que no necesitaba en aquel momento. Se obligó a concentrarse en su trabajo: tenía que lograr filmar algo de baile. La gente del pueblo empezaba a prestarles atención, quizás alguno de ellos quisiera actuar en su programa.

El hombre levantó la mano indicándole que se detuviera y Zoë se alegró de que hubiera cierta distancia

entre ambos. Aquel hombre destilaba poder y fuerza bruta, además de mucha elegancia. Debía de tener unos treinta o treinta y cinco años, medía alrededor de metro ochenta y cinco y su complexión era tan impresionante como ella había intuido desde la distancia. Tenía el pelo negro, los ojos negros... y la expresión hosca.

–¿Por qué está usted aquí? –preguntó él en tono exigente en castellano y luego en inglés.

–Me han dicho que aquí es donde se reúnen los entusiastas del flamenco... y yo quiero aprender acerca del flamenco –respondió ella.

–¿Para enseñárselo a sus amigos cuando regrese a su país? –dijo él con desdén e hizo un par de pasos de flamenco a modo de burla.

–No, claro que no –replicó ella sosteniéndole la mirada–. A mí me interesa de verdad el flamenco.

–¿Está usted sola?

–De momento sí.

–¿A qué se refiere con «de momento»?

–Trabajo con un equipo de televisión. Pero todavía no están aquí –respondió ella con la garganta seca–. ¿Podría beber un poco de agua?

–¿Se cree que éste es uno de esos lugares para turistas donde dan bebida gratis junto con un plato de paella y unas patatas fritas? –preguntó él en tono amenazante.

–¡No, por supuesto que no! –se apresuró a responder Zoë.

Él dio unos cuantos pasos hacia ella y Zoë sintió miedo. Se echó hacia atrás y se topó con un hombre que llevaba una jarra y unos vasos de cerámica. Zoë se disculpó, pero el hombre no la comprendió y le sirvió un vaso.

Ella no quería bebérselo. Lo único que deseaba era alejarse de allí, regresar a la seguridad de las monta-

ñas, donde la gente apenas la miraba, donde nadie sabía quién era ella ni a qué se dedicaba.

El hombre de la jarra le tendía el vaso con una sonrisa. Zoë decidió que la situación ya era suficientemente mala como para rechazar la bebida. Le dio las gracias en español y se la bebió.

Estaba deliciosa, sabía a zumo de frutas con miel y a alguna especia que no supo identificar. Estaba tan sedienta que aceptó encantada otro vaso de líquido.

–¡Salud! –exclamó con sequedad una voz masculina a su espalda.

Zoë devolvió el vaso al escanciador y elevó la barbilla. Se sentía más atrevida.

–Es una bebida deliciosa, ¿qué es? –preguntó sosteniéndole la mirada a su anfitrión.

–Es una especialidad local.

–Está muy buena, deberían comercializarla.

–Ya que usted me lo recomienda, lo tendré en cuenta –respondió él sarcástico.

Aquella actitud renovó la determinación de Zoë de conseguir lo que necesitaba para su programa. Aunque para ello tuviera que recurrir a su encanto.

–No me he presentado, discúlpeme –dijo ella.

Se apartó un mechón de cabello pelirrojo del rostro y levantó la vista, pero le costaba enfocarla. No sabía que la bebida sería tan fuerte y además, con el estómago vacío, sus efectos se multiplicaban. Perdió el equilibrio y él la sujetó con delicadeza del brazo. Aunque ella estaba bajo los efectos del alcohol, sintió que la energía de él la inundaba.

Él la condujo lejos de los demás, a la sombra de una caseta de madera.

–¿Quién es usted?

–Zoë Chapman. Por favor, ¿podría darme un vaso de agua?

A Manuel le pareció reconocer el nombre, pero de-

sechó el pensamiento. No le importaba, ella misma se había descubierto: ¡era parte de un equipo de televisión! Debería haberlo sabido, se reprendió Manuel a sí mismo. Hizo una mueca de desagrado y volvió a sujetar a aquella mujer antes de que cayera al suelo.

–Creo que debería sentarse –le dijo mientras la conducía hacia un banco y pedía a dos adolescentes que les llevaran un café–. Bienvenida al pueblo andaluz tradicional de la cofradía Cázulas, Zoë Chapman. Y ya que está aquí, ¿qué es lo que realmente está buscando? Y no me venga con la tontería del flamenco. ¿Acaso me está espiando?

–El flamenco no es ninguna tontería –replicó ella mirándolo a los ojos–. Y no le estoy espiando, sólo quería observar el terreno.

–¿Pretende que la crea? –intervino él con sarcasmo.

Zoë intentó fijar la vista en aquel rostro, que parecía acercarse y alejarse de ella.

–¿Y usted quién es? –preguntó ella notando la lengua de trapo.

–Manuel Cortés.

Zoë advirtió que volvían a atraer la atención de la gente. Sonrió y saludó levemente con una mano a los que los miraban. Él se acercó más a ella para aislarla de los demás.

–Es un placer conocerlo, Manuel –dijo ella.

Al ir a estrecharle la mano él le dio una taza de café. Zoë se lo bebió de un trago, a pesar de que estaba hirviendo, pero no tenía tiempo que perder. Los dos programas ambientados en el entorno flamenco, que cerraban la temporada, tenían que ser los mejores del año.

Manuel le llenó la taza de nuevo.

–Deja el café aquí, José, por favor. Vamos a necesitarlo –le dijo al chico con calidez.

Y entonces se volvió a Zoë y la miró despectivo. Desde luego, era el peor comienzo para un programa desde que se dedicaba a aquello, pensó Zoë. Pero después de agradecer al chico la segunda taza de café, se sintió más despierta. Y no iba a permitir que alguien como Manuel Cortés la intimidara.

–Si usted forma parte de un equipo de televisión, es que están buscando una exclusiva, ¿me equivoco? Por eso nos estaba espiando –la acusó él.

–Sólo estoy aquí para ver si puedo incluir algo de flamenco en mi programa, nada más.

–¿A qué se refiere con «su» programa?

–Soy la dueña de la productora que hace los programas, tengo pleno control sobre ellos.

–Así que es usted la que se aloja en el Castillo Cázulas...

–Sí, mi productora ha alquilado el castillo durante un tiempo.

–¿Y es allí donde va a grabar su obra maestra?

–¿Cómo dice? –preguntó Zoë con voz gélida, enfrentándose al desdén de él.

Ella llevaba mucho tiempo trabajando duro para que su programa sobresaliera entre los demás, para que fuera diferente y especial. Había reunido a un buen equipo de trabajo y estaba orgullosa de lo que habían conseguido hasta entonces.

–Flamenco en España, ópera en Italia, moda en Francia... ¿Es eso lo que hace, mostrar un país superficialmente para, en nombre del arte, enriquecerse usted?

–Gano dinero con ello, no lo niego. ¿Cómo si no iba a mantenerme en el negocio y a pagar a la gente que trabaja para mí? Pero en cuanto al resto de sus suposiciones... francamente, apestan.

–¿Ah, sí? –preguntó él mirándola de forma diferente, como si estuviera divirtiéndose.

Zoë no sabía si prefería esa actitud o su desprecio. El corazón le golpeaba fuertemente el pecho, advirtiéndole del peligro.

–Mire, Manuel, si usted no es la persona con quien debería hablar acerca del baile, quizás podría indicarme quién escucharía lo que tengo que proponer.

–¿Y permitirle que pisotee mi intimidad? Lo dudo.

–No sabía que mi programa fuera a girar sobre usted.

–Ya es hora de que regrese con su equipo, señorita Chapman –dijo él con frialdad–. Se está haciendo de noche y no me gustaría que se perdiera por el camino.

–¿Me está diciendo que me marche? No se preocupe, me iré en cuanto termine lo que he venido a hacer aquí.

–Usted ya ha terminado lo que había venido a hacer aquí –afirmó él.

–¿Por qué le molesta tanto que yo esté aquí? ¡No hago daño a nadie! ¿Acaso esto es suyo? –preguntó ella haciendo un gesto hacia el pueblo.

–Piense lo que quiera, no tengo por qué darle explicaciones.

–Es cierto –replicó Zoë sosteniéndole la mirada–. Pero yo tengo tanto derecho a estar aquí como usted. Y, para su información, los invitados a mi programa nunca se han quejado. Trato a todo el mundo con mucho respeto.

Él cambió de postura y sonrió con suficiencia.

–Le prometo que mi programa no invadirá su intimidad –insistió Zoë–. Si me permite explicarle cómo trabajamos...

Él la interrumpió con una carcajada cargada de desdén que hizo enrojecer de ira a Zoë.

–Usted sueña despierta.

Aquél era el mayor desafío que Zoë había encon-

trado en su carrera. Pero ella nunca había fallado, nadie se le había resistido a participar en sus programas, y Manuel Cortés no iba a ser la excepción.

–¿Se le han pasado ya los efectos de nuestro licor casero? –preguntó él como si deseara deshacerse de ella cuanto antes.

–Sí –contestó Zoë, plenamente despierta y alerta.

Él le dio la espalda dando por finalizada su conversación.

–¡Aún no hemos terminado de hablar! –le gritó ella.

–Yo sí –dijo él girándose hacia ella con una medio sonrisa que delataba que se había dado cuenta de la atracción que despertaba en ella.

–Por favor, créame –se apresuró a decir Zoë–. No soy ninguna amenaza para usted ni para nadie, sólo quiero aprender algo acerca del flamenco.

Sus miradas se encontraron y Zoë se estremeció. Manuel era justo el tipo de hombre que ella se había jurado evitar.

–Se está haciendo tarde. Quizás tenga usted razón, éste no es el momento... –comenzó ella, pero se detuvo, algo atrajo su atención.

Alguien estaba tocando una melodía a la guitarra con gran maestría. Las risas y el alboroto del pueblo enmudecieron rendidos ante la música y todo el mundo se giró hacia un pequeño escenario de madera en la ladera de una colina.

–Ya que está usted aquí, supongo que podrá asistir al espectáculo.

Manuel la invitó con poco entusiasmo, pero Zoë no iba a desaprovechar la oportunidad. Lo siguió a través de la multitud hasta colocarse frente al escenario. El hombre que tocaba la guitarra estaba sentado en una esquina y abrazaba al instrumento como si fuera su amante. Entonces una mujer de bastante edad se subió

al escenario trabajosamente y, una vez sobre las tablas, se transformó.

Dirigió una mirada imperiosa al público, agarró su larga falda negra con una mano y, elevando la otra al cielo, taconeó vigorosamente. El aire se llenó de una energía poderosa conforme la mujer bailaba. Zoë no se dio cuenta de que Manuel la observaba; estaba completamente absorta en el baile.

–¿Lo ha sentido? –le murmuró él cerca del oído cuando la mujer terminó y la multitud prorrumpió en aplausos y vítores.

–¿El qué? –preguntó ella acercándose más a él.

–El «duende» –respondió él.

–Duende... –repitió Zoë saboreando la palabra, que le sonaba voluptuosa y prohibida, igual que él.

–Usted quería auténtico flamenco, ¿no, señorita Chapman? Pues esto es flamenco puro, salvaje y pasional hasta el extremo. ¿Está usted preparada para esto?

Era evidente que él dudaba de que ella pudiera sentir algún tipo de pasión, se dijo Zoë. Y quizás tuviera razón, no era el primer hombre en pensar eso de ella.

–Lo que estoy es muy agradecida de haber tenido esta oportunidad de ver una demostración tan magistral de flamenco.

–El flamenco no se ve, se siente.

–Ahora lo sé.

Zoë se dio cuenta de que él la veía como una turista en busca de emociones baratas. Pero ella hacía mucho tiempo que viajaba fuera de los recorridos más turísticos, igual que hacía mucho tiempo que había dejado atrás su antigua vida, la Zoë Chapman que se hubiera arredrado sin pelear. Ella sabía lo que podía conseguir, tanto si tenía a un hombre a su lado como si no. Y no había ido a España a que la insultaran. Estaba allí para

grabar un buen programa, y Manuel Cortés no iba a desviarla de conseguir su objetivo.

–¿Qué significa la palabra «duende»?

–Lo sabrá cuando lo sienta. Es... como un orgasmo.

Zoë se quedó perpleja. Había pocas cosas que la dejaran boquiabierta. Pero era evidente que aquel hombre había pretendido escandalizarla y estaba estudiándola cuidadosamente para advertir signos de debilidad en ella.

–¿Se refiere a un orgasmo emocional? –preguntó ella recuperando la compostura.

–Exactamente.

A Zoë le pareció advertir un brillo de admiración en los ojos de él. Se estremeció de deseo, quizás porque el aire seguía cargado de pasión mucho después de la actuación de la bailaora. Sostuvo la mirada de él unos instantes y fue como si una descarga eléctrica le recorriera todo el cuerpo.

–Así que han alquilado el Castillo Cázulas por una temporada –dijo él como si supiera lo que ella estaba sintiendo–. Y quieren hacer un programa de televisión ambientado en el mundo del flamenco. ¿Por qué aquí, de entre todos los lugares posibles? Casi nadie fuera del pueblo sabe que existe.

–Pero la gente que sabe de flamenco sí lo conoce. Y me ha gustado el paseo hasta aquí.

Algunos bailarines más subieron al escenario. Tenían mucho talento, pero ninguno poseía la fuerza de la primera mujer. Zoë supo que había encontrado a la estrella invitada para su programa, pero tenía que lograr hablar con ella.

Zoë elevó la vista y contempló a Manuel. Él era el único que podía presentarle a la bailaora. Pero era un hombre tan sexual, tan masculino, y olía tan bien, a pino fresco y a leña quemada...

«¡Estás bajando la guardia!», se reprendió a sí

misma. Ella no había viajado hasta España para caer en una fantasía adolescente con un lugareño arrogante. Su interés por el flamenco era puramente profesional. El trabajo era lo único importante para ella, en su vida no había lugar para un nuevo hombre.

Cuando el escenario se quedó desierto, era noche cerrada. La gente se fue marchando en sus coches. Zoë los observó con aprensión: ella había llegado andando y sólo tenía una minúscula linterna para iluminar su vuelta. Se palpó preocupada el cinturón, del que colgaba la linterna.

–¿Cree que esa birria de linterna va a servirle de algo? –preguntó él como si le leyera el pensamiento.

–Tendrá que servirme –contestó ella y elevó la barbilla–. ¿Cuánto me costaría contratar a la primera bailaora, la mujer mayor?

Él cambió de actitud.

–Todo el oro del mundo no podría comprar su talento. Y usted, desde luego, no podría permitirse pagar su caché.

Zoë contuvo su rabia. Debía lograr que él le presentara a la mujer antes de que se marchara de allí. Aquel hombre la asustaba, pero no podía permitirse perder aquella oportunidad.

–Lo siento, he sido una maleducada. Pero no me culpe por haberme emocionado con la actuación de esa mujer, ha sido increíble...

–Se llama María –le cortó él gélidamente.

–María –repitió ella–. ¿Cree que querría bailar para mi programa?

–Tendrá que preguntárselo usted misma.

–Y voy a hacerlo, pero antes quería saber qué pensaba usted –replicó ella, que empezaba a intuir que todo lo que sucedía en Cázulas se sometía al visto bueno de aquel hombre.